Milagro eucarístico ocurrido durante la Misa celebrada por el obispo Claudio Gatti, en Roma, Italia.

HISTORIA:

El 11 de junio de 2000, fiesta de Pentecostés, mientras celebraba la santa Misa en la iglesia "Madre de la Eucaristía", ocurrió un gran milagro eucarístico.

Acababa de terminar de recitar la fórmula de consagración del pan cuando, de mi hostia, comenzó a brotar sangre.

Para mí, el tiempo se detuvo. Estaba inclinado sobre la hostia que sostenía entre mis manos y observaba la sangre divina que se extendía por gran parte de su superficie.

Permanecí inmóvil durante un tiempo que a los presentes les pareció interminable, porque pensaron que me sentía mal, ya que en mi rostro se alternaban una palidez impresionante y un fuerte rubor.

Cuando me recuperé un poco, elevé lentamente la hostia.

Entre los presentes se generó mucha emoción, pero todo se desarrolló en un ambiente de profundo recogimiento y viva participación.

Mientras bajaba mi hostia manchada de sangre, vi en la patena otras dos hostias grandes que, como diría posteriormente la Madre de la Eucaristía, habían sido rescatadas de la profanación y llevadas al lugar taumatúrgico, porque "el Obispo,

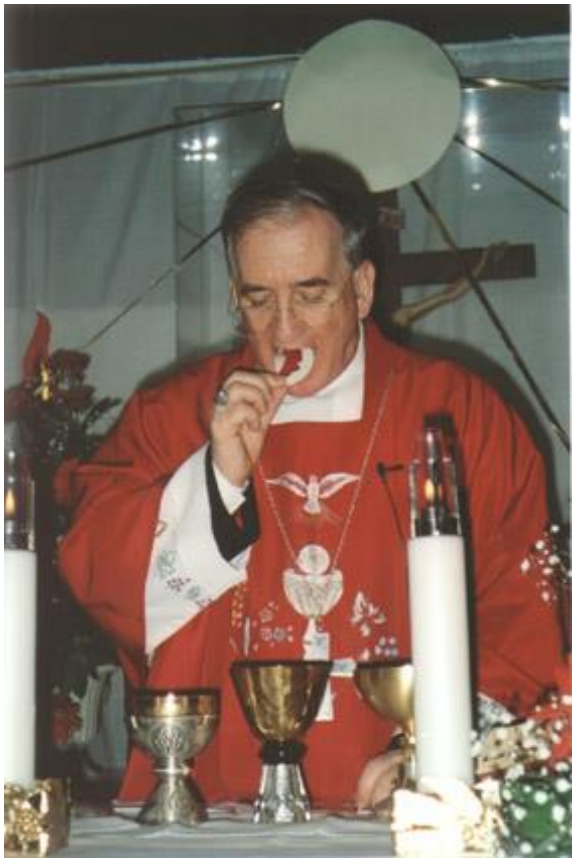
la vidente y los miembros de la comunidad aman profundamente la Eucaristía y están dispuestos a dar la vida por defenderla".

Tras recitar la fórmula de consagración del vino y hacer la elevación del cáliz, tomé la patena que contenía la hostia consagrada por mí, manchada de sangre, y las otras dos hostias rescatadas de la profanación, y pasé por los bancos de la iglesia para que los presentes pudieran verlas de cerca, constatar la veracidad del hecho, percibir el perfume que emanaba de la hostia manchada de sangre y dar testimonio en el futuro del milagro ocurrido.

Cuando realicé "la fracción del pan", la sangre continuó goteando ante los ojos de los presentes. Aunque con pesar, tuve que consumir mi hostia manchada de sangre, como lo prescriben las normas 113-116 del capítulo IV de las instrucciones para la celebración de la santa Misa contenidas en el misal.[1]

Al recibir la santa Comunión, saboreé el dulce sabor de la sangre de Jesús y sentí un fuerte calor y un intenso perfume que invadían mi interior.

Con este gran milagro eucarístico, Dios puso su sello en todos los anteriores que habían sido rechazados por los grandes hombres de la Iglesia, quienes exigían saber el nombre del sacerdote que había consagrado las hostias que Jesús, la Virgen, los santos y los ángeles habían transportado al lugar taumatúrgico, incluidas las numerosas hostias que derramaron sangre.

Como Juan vio la sangre y el agua que salían del costado traspasado de Jesús, así yo, obispo ordenado por Dios, la vidente Marisa Rossi y muchas personas vimos la sangre brotar de la hostia consagrada por mí, y podemos repetir con el apóstol: "El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que ustedes crean". (Jn 19,35)

[1] Instrucción General del Misal Romano, segunda edición típica del año 1975; no confundir con la tercera edición típica del año 2002, que tiene una numeración diferente.